

de de Cartago, en las labores. La de-
mentí y para hacer más enérgica mi
protesta me valí de un pasaje de la
Divina Comedia, y dije que mi acti-
tud era la que aconsejó Virgilio a Dante
en cierta ocasión de su viaje por el
Infierno: mira y pasa. Mi proceder no
era debido a enemistad o antipatía
personal. Entre la familia de los señores
Tinocos y la mía existía una amistad
de más de medio siglo. Lo que me
alejó de ellos fue la incompatibilidad
irreductible entre nuestras líneas de
conducta política. Ellos cogían por el
atajo, y yo no deseaba salir del camino
real. Deploré y deploro su error, por
el país y aun por ellos. Su protesta,
don Elías, ¿fue más severa que la mía?
¿Se quedó usted sin conocer la entra-
da del Castillo Azul?

RICARDO JIMÉNEZ.

*
* *

Oh puntos suspensivos!

Oh puntos suspensivos! Cuán elo-
cuente sois!

Renán nos decía: dadme dos ren-
glones de cualquier gran autor, y yo